

TERCERA CONFERENCIA
EL ESTUDIO DE LA HISTORIA MILITAR
EN LA EDAD MODERNA

EL ESTUDIO DE LA HISTORIA MILITAR EN LA EDAD MODERNA

Por Davide Maffi*

El verdadero desarrollo de la historia militar como disciplina científica a todos los efectos se verificó sólo durante las primeras décadas del siglo XIX, cuando el barón suizo Henri Jomini (1779-1869), veterano de las guerras napoleónicas, teorizó en sus *Précis de l'art de la guerre* (1838) la existencia de tres formas distintas de historia militar. La primera destinada a la investigación minuciosa de una única batalla; la segunda, al estudio de una batalla o de un campo que asumía unos valores meramente pedagógicos, por el que a partir de los análisis de la guerra se podían sacar enseñanzas útiles para la preparación de los futuros cuadros de mando; finalmente, la tercera se proponía examinar la evolución de los acontecimientos bélicos a través de sus repercusiones desde el punto de vista social, político y económico para dar vida a un análisis más complejo y articulado. Con el enorme éxito de la obra de Karl von Clausewitz (1780-1831), *Vom Kriege* (publicación póstuma en el año 1832) la segunda opción se convierte en el método favorito de las academias militares para la formación de los futuros oficiales y para la formulación, recurriendo a la experiencia madurada durante los conflictos anteriores, de las futuras estrategias de los estados mayores de los distintos ejércitos, dando vida también a un fuerte vínculo entre las instituciones militares y la universidad en el campo del estudio de la historia militar, muy fuerte sobre todo en el mundo alemán e inglés hasta los primeros decenios del siglo XX (¹).

¹ Sobre estos temas permítaseme la referencia a D. MAFFI, *Militares y sociedad civil en la Europa de la edad moderna (siglos XVI - XVIII). Hechos, documentos, interpretaciones*, expediente presentado en la XLVII semana de estudio del Instituto histórico Italo-germánico en Trento, *Militares y sociedad civil en la Europa de la edad moderna (siglos XVI-XVIII)*, Trento, 2004, p. 37; e IDEM, *Ejército y sociedad en la Europa de la Edad Moderna. Nuevas perspectivas historiográficas*, publicación en curso en los actos del convenio *La nación irlandesa en el ejército y sociedad hispana (siglos XVI-XVIII)*, Madrid 22-24 junio 2006.

Pero, ya unos siglos antes de la definitiva consagración de la Historia como base para la formación de los militares, se podía observar en Europa, sobre todo a partir del Renacimiento, un fuerte interés por esta materia por parte de las clases dirigentes de buena parte de los países Europeos. En la práctica, aquella era considerada como fundamento indispensable para la educación y la formación de los jóvenes nobles en el oficio de las armas. En una época, como era precisamente la edad moderna, en la que el binomio aristocracia, ejército aparecía fuera de discusión, en un mundo dominado por el ideal aristocrático del oficial gentilhomme y donde el mando de los ejércitos era monopolio absoluto de los exponentes del segundo estado, la enseñanza de algunos principios básicos sobre la conducta de los ejércitos se hacía básica para la formación de los jóvenes descendientes de la aristocracia que habrían sido iniciados en el oficio de las armas ⁽²⁾. A través de todas las materias, entre las que sobresalían algunas disciplinas meramente técnicas, como la Equitación o la Esgrima, o todavía la Matemática y la Geometría, indispensables estas últimas en la dirección de la artillería y en los fatigosos acercamientos a las plazas fortificadas impuestas por la evolución de la guerra de asedio, la Historia conseguía pasar a primer plano. Ya que esto se consideraba indispensable por su valencia propedéutica para la formación de los jóvenes nobles, destinados, como ya se ha mencionado en virtud de sus orígenes, a dirigir los ejércitos en el campo de batalla. Gracias a los ejemplos retomados de los grandes capitanes del pasado, pero también del análisis de las campañas contemporáneas, los descendientes del segundo estado habrían podido no sólo acceder a los primeros secretos de la profesión, sino aprender también los fundamentos de la nueva disciplina militar, en contraposición con la visión "anárquica" de la guerra dirigida hasta entonces por el caballero medieval, generalmente poco respetuoso de las leyes y los reglamentos, no más puesto al día a causa de los cambios impuestos por la así llamada «revolución militar», que había zanjado definitivamente el rol del caballero acorazado tan querido en los ideales guerreros de la nobleza.

Precisamente en los últimos decenios del siglo XV, de lleno en aquel Renacimiento, con su recuperación de los valores hereditarios de la Antigüedad Clásica, los

² Sobre el binomio armas - aristocracia en la edad moderna remito a cuanto se indica en las páginas de C. STORRS y H. M. SCOTT, *The Military Revolution and the European Nobility, c. 1600 - 1800*, en «War in History», III (1996), pp. 1-41

estudios sobre el arte de la guerra, a pesar de algunas reticencias mostradas en el pasado por una cierta historiografía, asumían de repente una parte preponderante. La continua reimpresión y relectura de los escritores antiguos, dominó el panorama italiano del fin de siglo, pero los italianos sabían, además de revisar y poner a disposición de un público más vasto los textos griegos y latinos, también retomar de la experiencia madurada en los campos de batalla, gracias a los grupos de secretarios y escritores que seguían a los grandes condotieros, una serie de enseñanzas prácticas tales que permitían la creación de una verdadera «escuela italiana» destinada a dominar el panorama intelectual europeo, tanto que el ejemplo itálico se convierte rápidamente en el modelo a imitar por todos los otros países continentales. Un primado intelectual, aquel ejercitado en la península Italiana, destinado a durar todavía en los decenios que suceden a los trágicos acontecimientos de 1494 y a influenciar, gracias a la producción historiográfica de Maquiavelo o también de Guicciardini, gracias a una serie de traducciones de sus obras, en el pensamiento historiográfico francés y español (³). Son años en los que se vuelven a descubrir y difundir los textos de los historiadores antiguos, que conocen una difusión sin precedentes, a partir de la edición del año 1392, aún manuscrita pero no por esto carente de mercado, del clásico texto de Vegezio cuyo tratado sobre el arte y la historia militar (*Epítome de re militari*) del tardío Imperio Romano llega a ser la obra de referencia obligada para los decenios venideros y el modelo de los escritores sucesivos.

A estimular el estudio de los clásicos, como se indicó anteriormente, contribuyó de manera notable sobre todo el cambio radical que se verificó en el arte de la guerra en la Europa de finales del siglo XV. La difusión de las armas de fuego y la desaparición de los campos de batalla de la caballería, hasta entonces reina casi indiscutible del proscenio, llevó, en efecto, a un fuerte interés y a una revalorización de los textos clásicos, visto el predominio indiscutible en las guerras de la Antigüedad de los infantes sobre los caballeros, lo que permitía una fácil combinación entre la dirección de las campañas de los Ejércitos greco, romanos con las de los Estados europeos modernos. Muchas de las tretas tácticas ideadas para frenar y romper las cargas de la caballería, y en particular el tan renombrado

³ P. BURKE, *El Renacimiento europeo. Centros y periferias*, Roma - Bari, 1999, pp. 273-274.

cuadrado lleno de picas creado por los suizos capaz al cabo de unos años de destruir el mito de la caballería borgoñona sobre los campos de Grandson y Morat (1476) y en la llanura helada enfrente de Nancy (1477), para muchos humanistas, entre los cuales el propio Maquiavelo, no era nada más que una reelaboración de antiguas tretas utilizadas por los griegos y por los romanos en sus Ejércitos. Para éstos el tan ensalzado cuadrado suizo no era otra cosa que una revisión de la celebérrima falange macedonia, que había dominado los campos de batalla de la antigüedad en los tiempos de Felipe de Macedonia y del más célebre hijo Alejandro (⁴). Favorecido así por esta serie de revoluciones, en estos decenios se desarrolló una especie de 'humanismo militar', orientado a favorecer la observación y la adaptación de los modelos antiguos a la realidad guerrera contemporánea y a crear un modelo polémico erudito destinado a desarrollarse sobre tres campos distintos: el meramente historiográfico, en el que prevalecieron la producción y la vulgarización de los libros de historia, el prosopográfico, donde la biografía de los antiguos se convierte en el modelo a seguir por cualquiera que hubiese querido empezar la carrera de las armas, y la tratadística militar *tout court*.

El ya más veces mencionado impacto devastador provocado por el cambio de las tácticas de combate, con la definitiva quiebra de la caballería, trae consigo también una sustancial modificación en la visión tradicional del militar. Se tiende a difundir el modelo basado en la racionalización y uniformidad del soldado, en perjuicio de la lógica aristocrática en la que el caballero individual era una entidad aparte, independiente. El militar viene a estar ahora encuadrado en una formación de combate en la que todos deben desarrollar una tarea muy precisa y tienen una colocación propia muy evidente, un nuevo modelo que aplasta ahora las tendencias anarquistas del combate individual, exaltado por la caballería medieval con la tendencia a escindir el campo de batalla en una *melée* desordenada una vez que se llegaba al contacto entre las caballerías opuestas. El humanismo militar representa, por tanto, el triunfo de la disciplina y de la organización a la que se llega también gracias a la movilización de sinergias diversas, de las que destaca también el

⁴ F. VERRIER, *Les armes de Minerve. L'Humanisme militaire dans l'Italie du XVI^e siècle*, Paris, 1997. También en España la organización de los tercios y el arte de escuadronar las divisiones habrían sido retomados directamente de la relectura de los clásicos latinos: E. MERINO PERAL, *El arte militar y la época moderna: los tratados de «re militari» en el Renacimiento. 1536-1671. Aspectos de un arte español*, Madrid, 2002, p. 201.

recurso a la Historia. Precisamente la identificación de la historia militar con la historia *tout court* permite una acentuada militarización del género historiográfico que llega a ser la lectura por excelencia de los soldados asumiendo cada vez más una fuerte valencia didáctica y psicológica. A la Historia se le atribuye, además de la ya mencionada función propedéutica y formativa, cada vez más una serie de funciones mediáticas, llega a ser, en la práctica, el medio a través del cual la gloria del soldado y el recuerdo de su gesta podrá conservarse para la admiración de los descendientes.

La Historia Antigua asume así el valor del modelo sobre el que basarse, gracias sobre todo a la gran importancia dada por los clásicos al empleo de la infantería respecto a la caballería. Con la primera, que estaba reconquistando después de un siglo de marginación aquel rol clave en el campo -gracias a la difusión de las armas de fuego portátiles, a las nuevas tretas tácticas, a las mutadas condiciones de dirigir las operaciones, donde en lugar de la guerra de movimiento se estaba imponiendo la de desgaste, basada en una enervante y exasperante serie de asedios a las plazas fuertes fortificadas que se difundían como una mancha de aceite gracias a la introducción de la *trace italienne* para poder hacer frente al poder devastador de la artillería - se sentía la necesidad de encontrar un modelo para 'ennoblecere' un arma hasta aquel momento considerada completamente secundaria en el interior de la cultura dominante ⁽⁵⁾. Se necesitaba un instrumento prodigioso, y no había para el hombre del Renacimiento nada más renombrado que la memoria transmitida por los clásicos ⁽⁶⁾, para comenzar esta obra de revalorización y para convencer a la aristocracia guerrera de que cambiase completamente su modo de pensar y de actuar. El ejemplo de los antiguos, cuyos ejércitos estaban formados sobre todo por infanterías rígidamente disciplinadas y organizadas llega a ser por tanto la regla indiscutible a seguir para poder hacer así que este arma reconquistase el esplendor perdido en perjuicio de la caballería. Los libros de Vegezio, Sexto Julio Frontino (las *Stratagemata*), Julio César (el *De Bello Gallico*, pero también el *De Bello Civile*),

⁵ Sobre los modelos guerreros de la aristocracia medieval se remite a cuanto se indica en las páginas de P. CONTAMINE, *La guerra en el Medioevo*, Bolonia, 1986; y a A. A. SETTIA, *Rapiñas, asedios, batallas. La guerra en el Medioevo*, Roma - Bari, 2002.

⁶ Sobre estos aspectos remito a la amplia antología editada por E. GARIN, *El hombre del Renacimiento*, Roma - Bari, 1993; pero también a los aspectos puestos en evidencia tras la guerra y cultura humanística, durante el convenio *Guerra y paz en el pensamiento del renacimiento. Actas del XV Convenio Internacional (Chianciano -*

Gaio Sallustio (por su historia de la guerra contra Giugurta), Polibio (las *Storie*), Flavio Giuseppe (*La guerra judaica*), Lucio Flavio Arriano (autor de una obra sobre la expedición de Alejandro Magno), Quinto Curzio Rufo (también él autor de una historia de Alejandro Magno), Plutarco (cuyas *Vidas paralelas* continuaron representando el modelo de la biografía), Appiano Alejandrino (que escribió una historia romana desde los orígenes hasta el reino de Trajano), Tito Livio (con la historia de Roma), Dione Cassio Cocceiano (autor igualmente de una historia romana desde el 67 a.C. hasta el 47 d.C.), Erodoto (con sus libros sobre las guerras persas), Tucídide (por su historia de la guerra del Peloponeso), tuvieron una gran difusión y el modelo de la disciplina de las legiones romanas llegan a ser en la práctica el referente obligado también para las modernas infanterías (⁷). En el interior de este redescubrimiento de los clásicos griegos y latinos rápidamente apareció la referencia a las vidas de los grandes condotieros de la Antigüedad, que debían servir como ejemplo, en particular César y Alejandro Magno, para forjar un nuevo espíritu guerrero ligado a la abnegación y a la autodisciplina. Será sobre todo el primero en suscitar mayor interés entre los distintos escritores de temas militares, también porque sus grandes victorias se debían en primer lugar al empleo de la infantería y se creaba así un enlace directo con la evolución que estaba conociendo al mismo tiempo el arte de la guerra.

La necesidad de una fuerte difusión de estas obras históricas, como base para el aprendizaje de los primeros rudimentos del arte militar, aparece clara, por tanto, desde finales del siglo XV, pero sobre todo, gracias también a la fuerte difusión de la imprenta con caracteres móviles, que permitió una verdadera y típica revolución también en el campo de la publicidad militar, será durante el siglo siguiente donde la lectura de los textos de historia militar asumirán un rol fundamental en la preparación para la guerra de generaciones enteras de jóvenes aristócratas (⁸). En particular,

Pienza 14-17 julio 2003), editado por L. SECCHI TARUGI, Florencia, 2005.

⁷ Sobre la proliferación de los textos de autores griegos y latinos, con particular referencia al caso italiano, y sobre todo a Venecia, que representó a la larga, después de 1492 y al menos hasta 1570, el centro de mayor difusión de tratados impresos de carácter militar, con más de 145 obras producidas, se remite a cuanto se indica en las páginas de J. R. HALE, *Printing and Military Culture of Renaissance Venice*, en IDEM, *Renaissance War Studies*, London, 1983, pp. 429-470.

⁸ «Se pensaba que la guerra era por excelencia el verdadero argumento de la historia, no sólo por el hecho de que aquella, en cuanto tal, tenía una función muy relevante en las obras de los historiadores romanos»: J. R. HALE, *La Europa del Renacimiento 1480-1520*, Bolonia, 1982, p. 317. Pero sobre este punto véase también las consideraciones expuestas por P. CARDINI, *Aquella antigua fiesta cruel. Guerra y cultura de la guerra desde la*

gran difusión tuvieron los textos de Vegezio, en los que, además de las clásicas páginas reservadas a la organización de un ejército y a la preparación de una campaña, capítulos enteros estaban destinados a explicar una serie de subterfugios para obtener la victoria sin tener que estar obligado a un encuentro frontal. El autor latino creía también perfectamente lícito, contra todo ideal caballeresco, el recurso a todo tipo de engaño para poder batir al adversario. Igual éxito tuvo Frontino, cuyas *Stratagemata* se alargaban en la descripción de una serie de tácticas, por aquellos tiempos no del todo lícitas y universalmente consideradas poco honorables, para poder derrotar a los adversarios, sobre todo eran admirables sus descripciones de las operaciones de guerrilla vistas como el medio ideal para poder cansar a los enemigos antes de un encuentro decisivo. Rápidamente apareció por tanto la vulgarización y difusión de los textos clásicos, a los que se contraponían una renovada producción de escritores militares contemporáneos, no el último el *De Re Militari* de Maquiavelo que conoció una fuerte difusión en Europa y numerosas traducciones (la primera traducción española vio la luz en 1536 obra de Diego de Salazar, un veterano que se distinguió siguiendo a don Gonzalo de Córdoba en sus campañas italianas), que buscaban imitar el modelo de referencia representado por los escritores de la Antigüedad.

Cuanto de fuerte fuera el sentimiento de inferioridad por parte de los tratadistas modernos de temáticas militares en las comparaciones de los clásicos se recobra de nuevo en los decenios sucesivos, a pesar del rápido desarrollo en todo el Viejo Continente de aquel proceso de fuerte imposición en el campo bélico de las novedades técnico, tácticas ligadas a la así llamada «Revolución militar». Baste entre todos mencionar cómo en la edición publicada por Andrea Palladio en 1575 de los *Comentarios* de César, el prestigioso arquitecto véneto consideraba todavía la organización militar romana no superada por completo, netamente superior a los ejércitos modernos. Una inferioridad manifiesta no sólo en el campo organizativo y táctico, sino también en el campo de la producción de textos científicos para uso precipuo de los soldados y para la educación en el arte de la guerra, sobre todo para el que repasa la redacción de los textos de historia, tanto que el propio Palladio

consideraba todavía a Polibio el modelo de referencia obligado ⁽⁹⁾. El humanista véneto no era el único además que pensaba así. Unos años antes, en 1568, Paolo Giovio con sus *Elogios y vidas breves de los caballeros antiguos y modernos*, modelaba su discurso siguiendo de cerca el ejemplo plutarquiano de las vidas paralelas. En el texto junto a los clásicos retratos de los condotieros de la antigüedad, representados por Pirro, Aníbal, Escipión, aparecen por primera vez soldados que se habían distinguido durante las guerras de Italia y en las campañas sucesivas, como Gaston de Foix, el general de Francisco I muerto mientras recogía los laureles de la victoria sobre el campo de batalla de Rávena (1512), el *Gran Capitán*, ejemplo de las virtudes marciales a seguir, Carlos V, retrato del último César, y del duque de Alba, que en aquel momento se encontraba al mando del Ejército de Flandes en el intento de sofocar la revuelta de los Países Bajos.

Este rol predominante de los escritores clásicos, como ya hemos subrayado de algún modo durante las páginas que preceden, tenía una función netamente propedéutica: necesitaba convencer a la nobleza europea del XVI-XVII de que abandonase sus viejos ideales guerreros, desmantelase aquella serie de convicciones arcaicas sobre la dirección de las operaciones militares que ya no estaban más al día. Un proceso que no fue ni fácil ni mucho menos indoloro dado que sólo después de haber ofrecido excesiva resistencia y después de notables dificultades, los nobles caballeros aceptaron la drástica reestructuración de la vieja caballería pesada feudal, símbolo concreto de los valores guerreros de las noblezas europeas, y perder el *status* del que habían gozado durante los siglos anteriores abandonando aquel rol clave indiscutible en los campos de batalla, con la cancelación definitiva de toda una serie de jerarquías sociales consolidadas hace tiempo ⁽¹⁰⁾. La diferencia de la guerra moderna, donde se integraban e interaccionaban las distintas armas, en la que una relevancia cada vez mayor se le daba al mantenimiento de una férrea disciplina en el campo, a la estricta observancia de una jerarquía de mando, entonces no del todo rígidamente estructurada, pero cuyos efectos empezaban además a sentirse cada vez más sobre

⁹ J. R. HALE, *Andrea Palladio, Polybius and Julius Caesar*, en IDEM, *Renaissance War Studies* cit., pp. 471-486.

¹⁰ Mencionamos entre todos el ejemplo de los caballeros franceses en el asedio de Padua (1509) que se opusieron con desprecio a las peticiones del emperador Maximiliano de que se bajasen del caballo y se pusiesen al lado de

la dirección de las operaciones, se hacía necesario el abandono de los viejos conceptos de clase típicos de la caballería medieval, en los que prevalecía, como ya se ha mencionado, el valor del respeto individual a la organización. En particular se buscaba convencer a la aristocracia para que sirviera a pie al igual que aquellos infantes considerados hasta entonces socialmente inferiores, y aceptar así ser regimentada en una serie de divisiones profesionales y estrictamente disciplinadas. De hecho, con la evolución de una especie de dirección 'científica' de la guerra, las furiosas cargas con arma blanca de la caballería pesada armada con lanza, una verdadera avalancha de acero pero generalmente descoordinada donde el individuo terminaba inevitablemente por prevalecer sobre la coordinación, en la que se basaba toda la táctica de las guerras combatidas en el pasado, desde la batalla de Adrianopoli (378) hasta los días de Grandson (1478) y Morat (1479), ya eran consideradas como arcaicas y completamente inútiles, dado que se infringían cada vez más contra las formaciones compactas de piqueros y contra el fuego ordenado de los arcabuceros. El ejemplo de la batalla de Pavia (1525) en la que la orgullosa *Gendarmerie* francesa fue ridiculizada y masacrada por el fuego de los arcabuceros imperiales pesaba ya como profunda amonestación contra todos aquellos que no se hubiesen puesto más al día.

Para convencer a los aristócratas europeos de que abandonasen un estilo de vida guerrero cultivado durante siglos, y del que continuaban decantándose las alabanzas en los poemas épicos caballerescos, que parecían cada vez más una incitación a reverdecer la experiencia de los bellos tiempos pasados (¹¹), parecía natural el recurso a los clásicos textos de historia y en particular a aquellos condotieros de la Antigüedad que habían basado sus éxitos militares en el empleo de robustas formaciones de infantería muy adiestradas y disciplinadas, en particular a los escritores romanos de la república tardía y del primer imperio. En una sociedad todavía fuertemente basada en una cultura caballerescas aristocrática, en la que los

la infantería, un gesto que se consideraba deshonoroso y poco adecuado a su *status*.

¹¹ A este propósito baste pensar en el ideal caballeresco que todavía sobrevive en la Italia del XVI y del que están embebidos los poemas épicos del Tasso (*La Jerusalén liberada*, 1581) o del Ariosto (*El Orlando furioso*, 1532) y a la condena bastante evidente del arcabuz y de la pólvora como armas inmundas que habían relegado a segundo plano la caballería y sus ideales. Sobre la persistencia de un fuerte sentido del honor caballeresco y la defensa de los antiguos mitos en la Italia moderna remítase a las reflexiones de C. DONATI, *La idea de nobleza en Italia. Siglos XIV - XVIII*, Roma - Bari, 1988. Más en general sobre la Europa de la primera edad moderna remito a cuanto se indica en el texto de J. DEWALD, *La nobleza europea en la edad moderna*, Turín, 2001.

descendientes del segundo estado se preparaban desde la infancia al oficio de las armas con fuerte culto del honor y donde desde la juventud se acostumbraban a los juegos de guerra con una educación dirigida en primer lugar a hacer resaltar el ardor guerrero y el espíritu de casta, la instrucción madurada de los clásicos habría tenido una fuerte valencia durante la cancelación del modelo épico caballeresco que continuaba teniendo una fuerte difusión durante el siglo XVI (¹²). Por eso para contrapesar aquellas exaltaciones de las virtudes cristianas en la lucha contra los bárbaros y los infieles, turcos y asiáticos, que rezumaban de las páginas de los escritores soldados de los primeros decenios del siglo, donde la figura del soldado gentilhomme sobrevivía gracias a aquellos grandes poetas que se distinguían espada en mano luchando por los campos de batalla de medio mundo -como Alonso de Ercilla, Garcilaso de la Vega o, todavía, el inglés Philip Sidney, muerto en Zutphen, o Diego Hurtado de Mendoza, que en los años veinte se distinguió en Italia combatiendo como soldado no desdeñando, durante los periodos en los que no servía en campaña, frecuentar las mejores escuelas humanísticas del país y las universidades de Roma y Siena- se consideraba necesario recurrir al ejemplo de los antiguos (¹³). De hecho, como la mayoría de los jóvenes se habrían mostrado mucho mejor dispuestos a seguir una enseñanza practicada retomando ellos una serie de ejemplos de la Antigüedad Clásica, considerada para siempre netamente superior por la civilización y cultura al mundo contemporáneo, que no aprovechando aquellos textos obra de autores contemporáneos, en su mayor parte de orígenes plebeyos, que no habrían gozado en absoluto del mismo prestigio, cuando no habrían sido considerados completamente indignos para la educación de un gentilhomme.

En un contexto todavía marcado por la revisita del mundo antiguo contrapuesta a la exaltación de los ideales caballerescos, que como ya se mencionó se resistía a morir, se desarrolló casi al mismo tiempo una escuela de pensamiento favorable a la educación teórica de los militares antes de iniciarlos en los campos de batalla. Una necesidad, la de preparar adecuadamente los futuros cuadros de mando, sentida no

¹² G. BENZONI, *I «frutos de las armas» rostros y aspectos de la guerra en el '600 en Italia*, Roma, 1980.

¹³ Una costumbre, la de recurrir a la pluma para acordarse de las empresas guerreras, particularmente difundidas desde los gentilhombres españoles, tanto que, según las palabras de Pierre Vilar, «no ha habido, por lo menos en Occidente, tantos escritores - soldados y soldados - escritores como en el siglo de oro español» (*Hidalgos, amotinados y guerrilleros*, Barcelona, 1982, p. 33). Sobre las figuras de estos soldados escritores en el ámbito español se remite al breve compendio editado por V. GARCÍA DE LA CONCHA, *Armas y letras en el Siglo de*

sólo en la España de los Habsburgo, sino también en todos los otros países continentales. La idea de que un militar debía saber leer los libros de historia para poder sacar provecho se difundió y se combinó con la convicción ligada a la necesidad de una preparación académica en la que la Historia debía tener un rol clave en la formación de un joven cadete (¹⁴).

La necesidad de escuelas a través de las cuales modelar y preparar a los jóvenes para la guerra parece evidente ya en la mitad del siglo XVI, cuando se comenzaron a presentar una serie de propuestas y de modelos casi al mismo tiempo en varios países europeos. El hugonote François de la Noue, particularmente inspirado por la lectura de Maquiavelo, propuso en mitad de las guerras de religión la creación de una serie de colegios en los cuales instruir a los jóvenes nobles protestantes y en los que habría jugado un rol no secundario la enseñanza del arte de la guerra retomada de los ejemplos de los antiguos. En la vecina Inglaterra desde 1562 Henry Barrett, que se distinguió durante las guerras de Enrique VIII contra Francia, y particularmente durante la campaña de Boulogne de 1544-1546, y más adelante había prestado servicio también como oficial de la guardia, con su *A Breife Booke* indicaba la necesidad de la creación de una clase de soldados profesionales para la defensa del reino que fuesen instruidos en la profesión de las armas (¹⁵). Consejo retomado unos años después por Geoffrey Getam con su *Defense of Military Profession* (1579), en una Inglaterra que cada vez más se estaba preparando para el enfrentamiento con la España de Felipe II, en la que se enumeraban todos los distintos motivos, diferentes de aquellos de naturaleza apologética, para empujar a la aristocracia inglesa, que estaba fuertemente desmilitarizada después del final de la guerra de las Dos Rosas, a reemprender la profesión de las armas.

Oro Español, Madrid, 1998.

¹⁴ J. R. HALE, *The Military Education of the Officer Class in Early Modern Europe*, en IDEM, *Renaissance war studies* cit., pp. 225-246. En particular John R. Hale (*Guerra y sociedad en la Europa del Renacimiento, 1450-1620*, Roma - Bari, 1987) y Geoffrey Parker (*La revolución militar* cit.) concuerdan en reconocer una particular importancia para la formación de los nuevos cuadros de mando durante la primera edad moderna y para la evolución de las tácticas de combate a la lectura y difusión de todos aquellos textos de carácter militar durante los primeros decenios del siglo XVI. Más crítica la postura de Jeremy Black, para quien los soldados del siglo XVI continúan aprendiendo su oficio sobre todo en el campo de batalla mientras que se dedicaba escasa atención a la preparación académica basada en la lectura de obras históricas o de carácter científico (*A Military Revolution? Military Change and European Society 1550-1800*, Houndmills - London, 1991; y *European Warfare 1494-1660*, London, 2002).

¹⁵ J. R. HALE, *On a Tudor Parade Ground. The Captain's Handbook of Henry Barrett 1562*, en IDEM, *renaissance war studies* cit., pp. 247-284.

En España Pedro de Rivadeneyra con su *Tratado de la religión y virtudes que debe tener el príncipe cristiano* (Madrid, 1595) indicaba cómo debería el príncipe estimar el arte militar y se indicaba la historia como la primera maestra de prudencia. Probablemente en el impulso de la pluma del padre Rivadeneyra en la exaltación del rol de la Historia debe de haber influido, y no poco, el ejemplo muy conocido del emperador Carlos V, que desde siempre se había mostrado particularmente entusiasta del estudio de esta materia, no sólo por motivos apologéticos de exaltación de la dinastía y de sus empresas guerreras, sino también por la formación de los valores marciales en los jóvenes y por los ejemplos de los antiguos, tanto que la consideraba materia indispensable para la preparación de un joven caballero.

En la España de los primeros soberanos Habsburgo la necesidad de preparar e instruir a los jóvenes en el oficio de las armas, y en particular no sólo para el servicio en los *tercios* de Infantería, sino sobre todo para adiestrar aquellos Cuerpos Técnicos de Artillería y de Ingeniería, ya se había manifestado además durante los decenios que precedían a la publicación del trabajo de Rivadeneyra. Se buscaba responder a la necesidad con la creación de una escuela de matemática en 1582 (que permanecería activa hasta 1625), que combinaba con su rol institucional ligado a la instrucción, fundamental para la preparación de técnicas altamente profesionales, aquél del centro de publicaciones de notable importancia para la difusión de una serie de tratados de historia militar sobre cuya lectura deberían formarse sus propios alumnos. Además de la creación de esta escuela, las autoridades Habsburgo se mostraron también bastante interesadas por la creación de una serie de centros especializados para la formación del personal de la artillería que muy pronto surgirían no sólo en diversos centros de la península ibérica, como Burgos, Barcelona Gibraltar, sino también en la Italia española, sobre todo en el *Milanesado* en Milán y en Pavia.

A pesar de prodigarse estos esfuerzos orientados a la formación de un cuerpo profesional y al mejoramiento de la calidad del cuerpo oficial, muchas de estas iniciativas estaban destinadas a quedarse en papel mojado a causa del profundo desprecio todavía imperante en las élites para la instrucción. De hecho, todavía era fuerte, en el interior de la nobleza, la convicción de que el oficio de las armas no se aprendía en los bancos de escuela, sino sólo en el campo, en la dura escuela de la guerra. A pesar de esto, muchos gentilhombres creían que se poseían esas

características de mando sólo en virtud de su sangre, tanto que despreciaban profundamente la idea de recurrir a cualquier género de instrucción para mejorar cualidades en ellos innatas. Un fenómeno además que tenía profundas implicaciones en la sociedad europea en general, y no se limitaba sólo al mundo hispánico. Con la publicación del *De Militia Romana* de Giusto Lipsio (1595), en el que se combinaban las razones neoestoicas con las de la vida militar y de la disciplina consagrada a la abnegación, destinadas a hacer del soldado un modelo de virtud, frugalidad y severidad, pero, se presentó de nuevo el problema de una educación más compleja y madura de la clase militar. El tratado de Lipsio, retomado también él directamente de los ejemplos recurrentes de los clásicos griegos y romanos, pero sobre todo recurriendo a las virtudes marciales de los segundos, además de mantener muy vivo este ejemplo en la Europa de finales del siglo XVI como modelo no superado para la organización de los ejércitos y su disciplina, sirvió de inspiración para la creación de una serie de escuelas y colegios. Fue a todos los efectos el modelo en el que se basó Jacob von Wallhausen para la apertura de su instituto en Siegen, y tuvo también un fuerte impacto en la España de Felipe III, donde fue rápidamente traducido por obra de Bernardino de Mendoza (1604) y sería la futura inspiración de las teorías del conde - duque de Olivares para la educación de la clase dirigente del imperio español (¹⁶).

Gracias al influjo de las teorías de Lipsio, pero también por la necesidad de crear un cuerpo oficial seguramente más instruido y preparado para guiar a las tropas en el campo, a partir de 1606 se pudo asistir así a la difusión en Europa de una serie de escuelas militares orientadas a la formación de los jóvenes descendientes del segundo estado, a partir del instituto *Des exercices* de Sedan, pasando por las academias nacidas en la véneta tierra firme en 1608 (¹⁷), al ya mencionado colegio de Siegen (1617) y al de Hessen en Kassel creado por Mauricio (1618), hasta llegar a la academia de Giltshin en Bohemia (1624). En España, después del fracaso de

¹⁶ J. H. ELLIOTT, *The Count - Duke of Olivares. The Statesman in an Age of Decline*, New Haven and London, 1986, pp. 17, 22-23, 81, 105, 181, 280.

¹⁷ Se trata de las escuelas de Padua, Udine, Treviso y Verona, creadas entre 1608 y 1610 que ahondaban sus raíces en algunos experimentos comenzados durante el siglo anterior, cuando, en 1565 se fundó una academia para los hombres de armas y en 1595 una academia de los caballeros en Rovigo, destinada a sobrevivir sólo durante tres años. Se trataba de una serie de academias aristocráticas abiertas sólo a los nobles donde se les daban los rudimentos del arte militar. J. R. HALE, *Military Academies on the Venetian Terraferma in the Early Seventeenth Century*, en IDEM, *Renaissance War Studies* cit., pp. 285-307.

los proyectos ligados a la constitución del colegio imperial, fuertemente deseado por Olivares, el poderoso ministro de Felipe IV previó la creación de una serie de academias en imitación del modelo veneciano y de las escuelas que por entonces estaban cobrando fuerza en el interior de Francia por deseo del cardenal Richelieu (¹⁸). Se trataba de instituir una serie de colegios en las principales ciudades castellanas, Madrid (donde en las ideas del *valido* debieron de ver la luz al menos dos colegios), Sevilla, Granada, Valladolid y Pamplona, con la añadidura de otros centros en Lisboa y en Aragón para la preparación de las élites locales (¹⁹). Hasta que de repente notables parecieron las dificultades para hallar el personal docente necesario con las excepciones representadas por las clases de Teología, Derecho y Medicina -para la puesta en marcha de los cursos relativos a la historia, a la matemática, a la geometría y a otras disciplinas prácticas, tanto que el conde-duque tuvo que recurrir, para completar los cuerpos docentes, al empleo de los jesuitas del Colegio Imperial para asegurar así la puesta en marcha de la enseñanza de estas disciplinas consideradas indispensables.

El recurso a los padres de la Compañía de Jesús no representaba además una novedad en el panorama de la enseñanza académica impartida con fines militares a los jóvenes cadetes. Ya durante los decenios anteriores los jesuitas habían desempeñado un papel clave en la ocupación de las cátedras de muchas disciplinas técnicas fuertemente vinculadas al desarrollo de la guerra moderna, sobre todo los exponentes del orden se habían recortado un rol de primer plano en la impartición de lecciones de matemática en los ya citados colegios de artillería que se formaron durante el siglo decimosexto en el interior de la península Ibérica, pero también se habían distinguido por la difusión de numerosas publicaciones de historia militar y su propagación en el interior de los colegios nobiliarios. Múltiples habían sido los textos que los jesuitas habían dedicado, a partir sobre todo de la segunda mitad del XVI, en

¹⁸ De hecho, tras los años Veinte y Treinta, aparece con fuerza el desarrollo de la tratadística militar transalpina con la edición de las obras del duque de Rohan en 1636, entre las cuales *Le parfait capitain* y *el Traité de la guerre*, a las que hacía de contrapeso la creación de estas escuelas para la educación de los nobles. Pero las tentativas del cardenal estaban destinadas a fracasar frente a las obstinadas resistencias de la aristocracia, poco convencida de la utilidad de estas academias, y de hecho el experimento naufragó en los meses sucesivos a la muerte del cardenal. Sólo con el ascenso de Louvois a la dirección del ministerio de la guerra, y en particular a partir de los años Setenta, se volverá a hablar en Francia de una serie de academias para preparar a los cadetes al servicio de las armas (A. CORVISIER, *Louvois*, Paris, 1983, pp. 337-341).

¹⁹ Sobre estos proyectos del conde - duque remito a las páginas de J. F. BALTAR RODRÍGUEZ, *Las Juntas de Gobierno en la Monarquía Hispánica (Siglos XVI-XVII)*, Madrid, 1998, pp. 423-428.

abierta contraposición a la edición de numerosos folletos que tuvo lugar en los países protestantes durante los decenios centrales de la Reforma, al desarrollo de la instrucción militar, dando así comienzo a una fuerte ofensiva para poder de tal modo anular así las ventajas conseguidas por los reformados en el campo de la preparación de las élites. Mencionamos, entre otros, los textos de Edmond Auger (*La Pédagogue d'armes pour instruire un Prince chrestien*, 1568), y de Antonio Possevino (*El soldado cristiano*, 1569, pero también, y sobre todo, la *Bibliotheca selecta*, 1593, en la que el libro V estaba dedicado a los militares y a todos aquellos sacerdotes destinados en el futuro a desempeñar el papel de capellanes militares). Antonio Possevino, por la redacción de sus textos, hizo un amplio recurso a sus experiencias personales cuando seguía a los ejércitos católicos empeñados contra los reformados, como también a la cadena de relaciones y amistades que lo ponía en contacto con los muchos correligionarios activos en Francia y en Polonia, dos territorios donde la lucha contra los protestantes parecía particularmente fuerte, e incluso en Rusia, pero la verdadera novedad de sus escritos residía en el abierto elogio de la historia militar vista como fundamental en la formación de los hombres formados en armas contra los herejes y los turcos. En el interior de este escenario de fuerte tensión y de conflicto abierto, gran difusión tuvieron también los textos de Francisco Antonio (*Avisos para soldados*, 1590) y de Thomas Saily (*Guidon et pratique spirituelle du soldat chrétien*, 1590), fundador de la *missio castrensis* en Flandes y consejero de Alejandro Farnesio y de Ambrosio Spinola (²⁰).

En el proyecto del conde-duque la creación de estos estudios reales en Madrid, como también en las otras ciudades de la península, entre 1623 y 1628 dedicados exclusivamente a la formación de los jóvenes nobles, preveía la enseñanza de 17 disciplinas ligadas a la futura formación de un militar, en la que la Historia tenía un papel preponderante con las lecturas obligatorias de Polibio y de Vegezio. El primer profesor llamado a ocupar la cátedra de historia militar en el colegio madrileño fue el jesuita flamenco Herman Hugo, personaje además dotado de una sólida experiencia

²⁰ Sobre esto véase la voz de J. ESCALERA, *Enseñanza militar*, en *Diccionario Histórico de la Compañía de Jesús*, vol. II, pp. 1246-1248; y G. BRUNELLI, *Soldados del Papa. Política militar y nobleza en el Estado de la Iglesia (1560-1644)*, Roma, 2003, pp. 101-132. Una amplia bibliografía sobre el problema de la presencia de los capellanes militares en el ejército y sobre la difusión de textos dirigidos a los militares viene determinada por el reciente ensayo de E. GARCÍA HERNÁN, *Capellanes militares y Reforma Católica*, en E. GARCÍA HERNÁN y D. MAFFI (eds.), *Guerra y sociedad en la Monarquía Hispánica. Política, estrategia y cultura en la Europa*

en el campo de las armas, dado que apenas había completado la redacción de su *Obsidio Brendani*, una relación del asedio se concluyó en el año 1625 con el triunfo del Ejército hispánico, y que durante los años sucesivos habría dado a luz su *De Militia equestri antiqua et nova* (Madrid, 1630, un libro destinado a tener un enorme éxito, tanto que todavía en el decimotercero siglo circulaba en el circuito europeo y en 1733 se ejecutó una traducción en alemán por deseo del joven príncipe Federico de Prusia). La presencia de estos personajes, salidos de las filas de la compañía para educar a las filas de jóvenes patricios destinados más adelante a los vértices de mando de los ejércitos del rey católico, no se detuvo con el fin del experimento promovido con su caída en 1643, sino que sería continuada todavía durante los decenios que prosiguieron hasta prácticamente el final de la edad de los Habsburgo⁽²¹⁾. Una actividad que no se encontró limitada a la publicación de sólo obras de carácter historiográfico y erudito sobre la formación de un soldado cristiano, pero que tendría su culmen con la compilación de una serie de tratados matemáticos y sobre las fortificaciones, con los jesuitas que se habrían puesto a la vanguardia en el estudio de la artillería y de las nuevas técnicas obsidionales⁽²²⁾.

El más allá de las academias, o al menos de los primeros pasos inciertos hechos para buscar crear unos centros con los que formar y forjar la nueva clase militar, de la traducción y difusión de los textos clásicos de la Antigüedad Griega y Latina, la primera Edad Moderna vino marcada también por la fuerte producción de libros de memoriales militares, en los que tendrían un rol no secundario las publicaciones relativas a la historia de las recientes campañas. Habíamos mencionado velozmente cómo en muchas partes se continuó imponiendo que el soldado español aprendiese su arte directamente en el campo, en las filas de los *tercios viejos* en Italia y en Flandes, más que a través de una formación escolástica, pero esta visión parece hasta demasiado simplista y contrasta con la necesidad, o mejor dicho con la fuerte exigencia, sentida por generaciones enteras de veteranos de dejar memorias escritas o análisis detallados de los acontecimientos experimentados precisamente

moderna (1500-1700), 2 vols., Madrid, 2006, pp. 709-742.

²¹ Baste pensar en los proyectos de 1678 para la creación de una serie de escuelas técnicas militares en Barcelona, Cádiz y San Sebastián y en la institución de una academia en Bruselas en 1671 en las que los jesuitas desempeñan todavía un rol clave: F. R. DE LA FLOR, *Barroco. Representación e ideología en el mundo hispánico (1580-1680)*, Madrid, 2002, p. 207.

²² ESCALERA, *Enseñanza militar* cit., pp. 1246-1248.

con el fin precipuo de instruir a los jóvenes reclutas: una confirmación de cómo las experiencias maduras en el campo serían consideradas de importancia vital para la formación de las nuevas generaciones de soldados y de cómo existiría un público de lectores en potencia muy activo y dispuesto a recibir las enseñanzas del pasado. Además de la invención de la imprenta con caracteres móviles, la otra gran revolución del siglo XV con la pólvora, favoreció, gracias a la notable contracción de los costes, la difusión de las ideas y de estos tratados: los libros de y para los militares estaban entre los más difundidos del mercado librero. Habíamos ya mencionado rápidamente cómo Venecia se puso a la vanguardia entre los años 1492 y 1570 en la impresión de estos manuales, pero también la España de los Habsburgo, con sus estibaciones italianas y en los Países Bajos, llegó a ser muy pronto un centro no indiferente para la producción de textos de cultura militar. Entre los años 1560 y 1620 se publicaron toda clase de manuales eruditos, tanto que el *Siglo de Oro* de las artes y de las letras se puede definir también la edad de oro de todos los escritores profesionales ligados al oficio de las armas. Un primado que comenzará a encontrarse menos solo con el inicio del nuevo siglo, pero destinado a conocer una segunda juventud en el período comprendido entre 1640 y 1660, no por azar marcado, a causa de la rebelión de Cataluña y de la secesión de Portugal, por el retorno de la guerra en su peninsular después de más de un siglo de paz y que contribuyó a un rápido retorno del interés por el tema (²³).

No es posible aquí dar un cuadro exhaustivo de esta producción, sobre esto remitimos al texto de Antonio Espino López para un cuadro completo y para una relación completa de los libros editados en la península Ibérica, pero nos limitaremos a señalar algunas de las obras históricas realizadas por españoles que conocerían mayor difusión y no sólo en el interior de los dominios de los reyes católicos.

En estos textos se buscaba resaltar las victorias conseguidas por los Ejércitos hispánicos, proveer datos esenciales para el conocimiento de las campañas militares, a través de la reconstrucción de una batalla o simplemente con la biografía de un personaje con una clara valencia propedéutica, y suministrar un modelo para

²³ Fundamental para el conocimiento y el desarrollo de una literatura militar en la España de los Habsburgo es sin ninguna duda el texto de A. ESPINO LÓPEZ, *Guerra y cultura en la época moderna. La tratadística militar hispánica de los siglos XVI y XVII. Libros, autores y lectores*, Madrid, 2001.

las futuras generaciones de históricos. Una práctica que tuvo su comienzo desde los años del reinado de Carlos V, cuando sus éxitos en los campos de batalla de media Europa atrajeron la atención de una serie de memorialistas. El *Comentario de la guerra de Alemania* de don Luis de Ávila y Zúñiga (1548) fue el primero de estos trabajos, escrito a vuelapluma durante los meses sucesivos a las victorias contra los reformados, El emperador es comparado con Julio César a causa de su conquista de Alemania. En su texto, al mismo tiempo, el autor se detiene a menudo, con una cierta minuciosidad, en la descripción de las batallas de Ingolstadt y Mühlberg con amplia reconstrucción de las fases bélicas y de la organización del ejército imperial. Editado no por azar en Venecia, centro propulsor de gran parte de las publicaciones con carácter militar en la primera mitad del siglo XVI, tuvo un éxito enorme, tanto que se sacaron muchas nuevas ediciones en castellano.

Sobre la estela del texto de don Luís durante los años sucesivos otros volúmenes mencionaron las hazañas del César y de los otros condotieros españoles de los decenios anteriores. A las guerras en Alemania está otra vez dedicado el texto de Diego Núñez de Alba, *Diálogos de la vida del soldado, en que se cuenta la conjuración y pacificación de Alemania* (Salamanca, 1552), una especie de manual híbrido, donde por una parte se describe la guerra alemana del emperador y por otra se detiene detalladamente en la organización de su ejército. O todavía el apologético Pérez del Pulgar, con su *Crónica llamada de las dos conquistas del Reino de Nápoles* (Zaragoza, 1555), narraciones de la doble conquista del reino italiano por parte de Alfonso de Aragón en la primera mitad del siglo XV y del Gran Capitán, en el que se daba gran atención a la disciplina de las tropas para poder conseguir un éxito y al papel de la artillería en el campo de batalla.

Pero en estos años será sobre todo la necesidad de tener que hacer frente a la constante amenaza representada por la ofensiva otomana en el Mediterráneo y al peligro de las incursiones bárbaras contra el litoral de la península la que atraiga la atención de cronistas y memorialistas. Ya en el año 1543, claro signo de la importancia dada a la lucha contra el infiel, se traducía al español el texto de Paolo Giovio (*Comentario de las cosas de los turcos*, Barcelona), en el que el autor, describiendo las costumbres del enemigo, declaraba explícitamente querer servir a la causa del emperador con la pluma en lugar de la espada. Mencionamos otra vez a Pedro de Salazar con su *Historia de la guerra hecha contra la ciudad de África*

(Nápoles, 1552) donde por primera vez se describe una operación de desembarco al mínimo detalle. El texto se presenta como un verdadero manual para las operaciones allende el mar, sobre todo en las guerras contra los infieles, y para el uso de la artillería, con la reconstrucción de la jornada de Túnez (1535), de la ofensiva turca en el Mediterráneo con los asaltos a Trípoli y a Malta, las incursiones en el sur italiano en Hungría. Señalamos todavía sobre este tema la edición en la onda del éxito en las operaciones para el socorro de Malta del texto de P. Gentile (*El suceso de la guerra de la potentísima armada del Gran Tyrano turco otomano Solyman, venida sobre la isla de Malta*, Barcelona, 1566) con dedicatoria particular a don Diego Hurtado de Mendoza.

Será la guerra de Flandes la que dé vida a una nueva serie de estudios basados en el largo conflicto septentrional. La intensidad del enfrentamiento, el largo empleo de hombres y medios, las nuevas técnicas desarrolladas en el campo de la poliorcética, los notables éxitos conseguidos en campo abierto, pero también los fracasos por no conseguir poner punto y aparte a la revuelta, la internacionalización del conflicto, con la entrada en campo de Inglaterra y de Francia, llevaron a una serie de publicaciones de alto nivel destinadas a la educación de los jóvenes reclutas. Ya en el año 1569 Antonio de Ulloa daba a luz su *Comentario de la guerra de Flandes* (Venecia), un texto base para comprender los primeros acontecimientos y la reconquista realizada por el duque de Alba, destinado a convertirse en una especie de auténtico best seller con traducciones casi simultáneas en 1570 en italiano, francés y alemán.

Más meditadas sin ninguna duda las obras de Bernardino de Mendoza (*Comentario sobre los sucesos de Flandes*, Madrid, 1592), de Francisco de Verdugo (*Comentario de la guerra de Frisia*, Nápoles, 1610, pero una edición italiana había ya visto la luz unos años antes, en 1605) y de Diego de Villalobos y Benavides (*Comentarios de las cosas sucedidas en los Países Bajos*, Madrid, 1612). El primero dedicaba su trabajo al joven príncipe Felipe, y el fin pedagógico venía reforzado por el autor por su convicción de que la Historia fuese maestra de vida, porque permitía evitar la repetición de los errores cometidos en el pasado, además muy fuertes parecían las páginas dedicadas a la figura del duque de Alba. Verdugo era el clásico veterano de las campañas septentrionales y su trabajo debía servir para justificar su proceder durante los años entre 1581 y 1594, cuando había desempeñado el papel de

gobernador de Frisia, sometido a fuertes críticas durante los años anteriores. Nos encontramos frente a una obra que describe al mínimo detalle los horrores de la guerra y en la que, al lado de los clásicos informes de batallas y asedios, el autor no desdeñaba igualmente dejar espacio a las emboscadas, a las traiciones, a las sorpresas, justificándolas como completamente lícitas para poder conseguir la victoria. Diego de Villalobos en el análisis de los sucesos transcurridos en Flandes entre los años 1594 y 1598, o bien durante el gobierno del conde de Fuentes y las luchas contra Francia, lo mismo que Bernardino de Mendoza, ratificaba el rol clave de la Historia para el aprendizaje del arte militar reivindicando en su texto un rol pedagógico para todos aquellos que tenían que iniciarse en el oficio de las armas.

Sobre la estela de estos textos, de la lucha contra la herejía y la defensa de los intereses castellanos, se inserta también el libro de Antonio de Herrera (*Los cinco libros de Antonio de Herrera de la Historia de Portugal y conquista de las Islas Azores*, 1591), dedicado a otra de las grandes empresas del reinado de Felipe II: la anexión de Portugal y la conquista de las islas Azores por parte del marqués de Santa Cruz.

Con la reanudación de las hostilidades con Holanda después de que en 1621 los textos dedicados al conflicto en los Países Bajos recuperaran el impulso, para justificar por una parte la renovación de la guerra y por otra parte para explicar a los nuevos comandantes en el campo los errores cometidos en el pasado. Entre todas la primera auténtica obra con carácter informativo y en la que se afirma explícitamente que todos los escritores de textos dedicados a la historia militar debían por fuerza ser, en virtud de las experiencias maduradas en el campo, veteranos, fue la de don Carlos Coloma (*Las guerras de los Estados Bajos desde 1598 hasta 1599*, Amberes, 1624, reimpresa en Barcelona en 1627). Para el prestigioso general, veterano de las guerras en los Países Bajos y en Italia, donde desempeñaba el rol de capitán general de la caballería de Milán y más adelante de castellano de esta ciudad, la Historia tenía una función netamente propedéutica y servía para adiestrar las nuevas generaciones en los riesgos y en los peligros de las campañas. Sobre la misma longitud de onda se inserta también el trabajo de Antonio Carnero (*Historia de las guerras civiles que ha habido en los estados de Flandes desde el año de 1559 hasta el año de 1609*, Bruselas, 1625), ya contador del Ejército de Flandes, que reproducía una descripción cuidadosa de los combates y de

los asedios sostenidos, deteniéndose en particular en la explicación de la organización de los ejércitos españoles y holandeses en lucha. Se trata de obras que tuvieron una gran difusión en las bibliotecas privadas, demostrando cómo la historia de la guerra atraía la atención de un gran público, y no sólo de exponentes de las Fuerzas Armadas de la Monarquía.

La crisis que se inició durante los años cuarenta, con la secesión de Portugal y de Cataluña, si por una parte provocó una intensificación en las publicaciones de carácter militar en el interior de la península Ibérica, por otra dijo sí a que la proliferación de los textos de Historia, hasta unos decenios antes bastante consistente como habíamos subrayado, se hiciese menos evidente y de ahí a un poco se agotase casi por completo. Probablemente la serie de derrotas en el campo favoreció el abandono de la reconstrucción histórica de las guerras y de las batallas de la era de Felipe IV y la historiografía de los acontecimientos bélicos de estos años se dejó casi completamente en manos de extranjeros. Un abandono que estaba destinado a continuar todavía durante el reinado de Carlos II: la serie de escritores soldado, tan prolífica en el siglo anterior y en los primeros decenios del siglo XVII, que describían para las nuevas generaciones de militares sus experiencias en el campo de batalla ahora se interrumpía y sería reanudada sólo con la nueva dinastía.